

Texto Crítico 10

Nueva época

Instituto de Investigaciones
Lingüístico-Literarias

ESTUDIOS Y ENSAYOS

Álvaro Contreras

La subjetividad como relato

Iraida Casique

La mirada femenina de una historia sin héroes

Sara Beatriz Guardia

Ximena o la parábola de dos mundos

Elizabeth Montes Garcés

Subjetividad e ideología en Maldito amor de Rosario Ferré

Julio Ortega

La identidad literaria de Carmen Boullosa

Magdalena Maiz-Peña

Los apetitos de la ansiedad: cuerpo-texto de Andrea Maturana

Alicia Llarena

"Uno mismo es un mundo viajable": hacia el mapa narrativo de Bárbara Jacobs

Laura Cázares Hernández

Construcción del diario, destrucción del cuerpo: Diario de una pasajera de Ágata Gligo

Javier Durán

La mística de la marginalidad: Jesusa Palancares, la Santa de Cabora y los límites de la nación en la narrativa de escritoras mexicanas contemporáneas

NOTAS

RESEÑAS

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Alicia Llarena

“Uno mismo es un mundo viajable”: hacia el mapa narrativo de Bárbara Jacobs

I. GUÍA DE VIAJES Y ORIENTACIONES GENERALES

Toda lectura es un viaje, aun si no trata de viajes.¹

Entre los motivos clásicos de la literatura, y entre aquéllos cuya presencia y permanencia a lo largo de toda la tradición universal han constituido siempre un punto céntrico de la reflexión existencial, el viaje ocupa sin duda un lugar protagónico. El mismo que desempeña en el universo narrativo de Bárbara Jacobs, escritora mexicana que cristaliza en su última novela (*Vida con mi amigo*, 1994) los indicios y los signos que sobre las posibilidades metafóricas del viaje ya eran visibles desde sus obras anteriores.

Desde sus primeras narraciones, es notable cómo los personajes de su ficción están movidos por una fuerza centrífuga que bien podría representar, entre otros tantos ingredientes de su particular poética, la inspiración cosmopolita de su literatura, actitud que provoca constantes e ingeniosas soluciones en su narrativa. Este empuje existencial de los personajes, ya deseado o fortuito, se expresa por medio de ese otro impulso literario clásico, el viaje, motivo que materializa ampliamente los anhelos de la curiosidad y, por consiguiente, del movimiento. A nadie extraña a estas alturas que entre las estrategias y consecuencias inmediatas de este recurso literario se encuentre la capacidad de simbolizar una trayectoria existencial a través suyo, y de aludir de esta forma, como en los grandes viajes de la tradición literaria, al centro mismo, a través de un mapa físico y externo.

¹ Bárbara Jacobs, *Vida con mi amigo* (Madrid: Alfaguara, 1994), p. 11. En adelante, el número de página que acompaña a las citas de la novela remite a esta edición.

Así, los habitantes del universo narrativo de Bárbara Jacobs se desplazan, se mueven, huyen o transitan por múltiples territorios (no sólo espaciales) actualizando las posibilidades de este motivo universal: las adolescentes latinas de su primer libro de relatos, *Doce cuentos en contra* (1982), experimentan, por ejemplo, la otredad cultural en un internado canadiense; el padre de *Las hojas muertas* (1987) nos descubre en su intensa andadura la huella individual de la historia; las cartas literarias de *Escrito en el tiempo* (1985) llevan impreso, incluso, el nombre de los lugares desde los cuales han sido enunciadas; las huidas juveniles de *Las siete fugas de Saab, alias El Rizos* (1992) no esconden otra cosa más que el punto de partida de un viaje por la rebeldía y la búsqueda personal. Que además el motivo tiene múltiples proyecciones se comprueba asimismo en los niveles más obvios y epidérmicos de su última novela, a la cual la autora describió en estos términos: "el libro narra la relación de un matrimonio de escritores que viaja mucho, pero los viajes que hacen son de tres tipos: en el espacio, ambos van de lugar en lugar; en la lectura, de lectura en lectura; y además viajan en la profundización de su relación."²

Desde esta perspectiva global de su obra literaria, lo que aquí proponemos es un viaje a través del viaje, es decir, un recorrido breve sobre la instrumentalización de ese motivo literario y existencial en el singular conjunto de su obra. Claro que la complejidad y la riqueza de funciones que el viaje desempeña en Bárbara Jacobs, así como las proporciones que alcanza en la significación de su universo creativo, y las distintas vías de interpretación y análisis desde las cuales puede ser observado, nos obligan a advertir la parcialidad de estas páginas, y su carácter de mera aproximación y esbozo sobre un componente clave de su ficción narrativa, del que daremos mejor cuenta en otra ocasión. De hecho, las tres dimensiones de su personal itinerario en *Vida con mi amigo* requerirían, cada una, de un análisis pormenorizado que revele no sólo la presencia, sino sobre todo las funciones de este motivo en el conjunto de su escritura, así como el marco que facilita a la narradora mexicana para integrar, a través suyo, los restantes (y persistentes) componentes de su ficción. A modo de guía por el atractivo mapa de su obra, adelantemos aquí las diferentes rutas por las que puede conducirse una mirada más compleja y exhaustiva sobre el viaje en su conjunto literario.

Cabría, en primer término, considerar las improntas del viaje desde sus apariencias externas, es decir, revisar con cuidado las huellas que el

² Flora Marimón, "Entrevista a Bárbara Jacobs", *La Provincia* (Las Palmas de Gran Canaria, 9 de noviembre de 1994), p. 24.

desplazamiento espacial implica, por ejemplo, en los niveles lingüísticos del texto o en sus niveles argumentales. Descubriríamos por esta vía el sentido lúdico del viaje en el destacado y travieso hibridismo idiomático de "Carol Dice" (o en la "aparente" incongruencia de "Dacti Dung Baal", homenaje a ese mismo mestizaje verbal).³ Por otra parte, esa ruta de aproximación externa nos pondría en la pista de la constante alusión al sincretismo cultural que preside su escritura y del profundo diálogo que establece con los signos culturales más diversos: es el caso, entre otros, del protagonista de *Las hojas muertas*, viajero incansable cuya personalidad "se trasluce en la atmósfera que refleja muy bien la autora, pues recrea en distintos ambientes, países y épocas el *sincretismo cultural medular y enriquecedor* del relato asaz poblado de alusiones a innumerables personajes contemporáneos. Por ejemplo, el ilustre Maxwell, Harrison, Finnigan, Albaricoque y, claro está, Tito Lovo".⁴

Este permanente y cuidadoso diálogo con signos sociales o culturales de la más diversa especie nos lleva de la mano a una segunda perspectiva para el análisis del viaje en Bárbara Jacobs: las formas y las funciones del viaje literario, eje acusado de *Vida con mi amigo*. Si vida y literatura se relacionan más que estrechamente en la ficción de nuestra escritora, constituyendo incluso otro eje central de su narrativa, no faltarán datos o aclaraciones que confirmen este viaje literario como el lógico fruto de una pasión personal y de una destreza narrativa sumamente hábil, capaz de transmutar lo irrelevante:

Hemos tenido que salir, y, como nos gusta, al menor pretexto, un viaje que pudo haber sido pequeño, lo hacemos más grande. Además, el tipo de viaje que nosotros hacemos tiene que ver con lo que leemos. Por ejemplo, en mayo estuvimos en Dublín, y en lo que más nos fijábamos era en ver en dónde encontrábamos al personaje de tal cuento de Joyce. Eso es lo que vemos cuando viajamos. Visitamos las casas de los escritores, las rutas de sus novelas, los que ahora son museos y que antes fueron sus casas. Casi siempre son viajes literarios.⁵

³ En una ocasión anterior ya hemos sugerido el importante papel de este relato en el universo narrativo de Bárbara Jacobs. A pesar de que no es aquí nuestro foco de atención, no podemos olvidar el testimonio de la propia autora, quien comentó sobre el cuento la intención de reunir en él la pluralidad lingüística y la diversidad cultural que ha sido, desde siempre, su contexto existencial. Así lo hemos reflejado en "El placer del reino. Una invitación a la obra de Bárbara Jacobs", *Disenso*, (1995), pp. 54-55.

⁴ Raúl Zendejas, "Las Hojas Vivas de Bárbara Jacobs", *Excelsior* (México, 2 de enero de 1988), sección cultural. El énfasis es nuestro.

⁵ Martha Cantú, "Las hojas muertas que deseo leer. Entrevista con Bárbara Jacobs", *La Jornada* (México, 5 de diciembre de 1987).

Del mismo modo en que se amplían los límites de un viaje con esta curiosidad literaria, también el viaje textual de su última novela nutre y aumenta la inquietante y atractiva reflexión existencial que desde siempre abordó su escritura. No son sus abundantes alusiones escollos eruditos o muestras exquisitas de una pródiga memoria, sino signos que, como tales, cumplen una función significativa y alumbradora, nombres que surgen por asociación "al leer el modo en que los viajes y la cultura de las ciudades visitadas se suceden en *Vida con mi amigo*, como si la suma de espacios exteriores pudiera revelar el interior de los viajeros".⁶ Añadirá la autora, develando con ello los objetivos finales de este trabajo: "Es curioso cómo viajando uno puede tener esa sensación de conocer los libros por dentro o al menos de compartir la vida de los escritores, sus cafés, sus hoteles. También es que a veces tienes que ir muy lejos para llegar al interior de ti mismo."

Autores o textos literarios, pues, forman parte de una conversación que, en otras palabras, no busca la complacencia intelectual, el regodeo académico, sino la más sana (y perversa) empatía con los registros emocionales del lector. Mejor aún, es uno de los detalles más curiosos y atractivos de la novela: cómo las alusiones están destinadas a ejercer una acción demoledora sobre las falsas actitudes o los defectos más extendidos y cómo el tono del relato corrobora la mirada y el efecto irónico de este viaje literario e "intelectual" que propone la novela. A este respecto, bastaría con recordar una escena en la que, precisamente, se resume el uso intencionado, sistemático y profundo de la alusión ("*Asinus asinum fricat*"), según hemos querido destacar aquí:

-¡Cuánto sabes! -le decía uno de ellos al otro.

-¡Qué va! ¡Tú sabes mucho más! -le decía éste a aquél; con frases elogiosas, con miradas inteligentes, enfrascados en un juego de modestia en el que mientras más negaba cada uno ser superior al otro, más superior se creía.

Así que se rascaban el uno al otro, como los asnos según los latinos.

Yo los oí. Sabían fechas y nombres precisos. Uno mencionaba El Siglo de Oro; y el otro, índice en alto, lo corregía:

-Te refieres a Los Siglos de Oro, sin duda.

-Lo que tienen -señala mi amigo, acercándose- es buena memoria; tienen mucho conocimiento, pero no saber verdadero.

Es bien sabido, supongo, que el saber verdadero te lleva a alguna parte, pero también se sabe que los asnos están parados.

⁶ Blas Piña, "Entrevista a Bárbara Jacobs", *Diario 16* (19 de noviembre de 1994), p. 27.

Pienso que hoy en día la metáfora se extendió y, hélas, invadió el delicado campo de La Enseñanza. Es así como uno sabe de asnos que dan clases, y hasta sombras de médicos de almas que aconsejan a sus encomendados (40).

Si alguna espesura existe en la comprensión de las alusiones de la novela, no será sino la que pueda derivarse de "La Selva", palabra que enfatizada con mayúsculas permite comprender uno de los profundos sentidos de este viaje por "La República de las Letras". Por este camino, además, es posible concebir distintas recepciones del texto literario, en consonancia con el bagaje cultural del lector, evidentemente, pero sin que ello reste la posibilidad -tal vez sea esto lo notable- de su lectura aún sin ese bagaje previo ("siempre hay que embriagarse; con mujeres, con música, con vino, como dijo el otro" es una de esas alusiones que no precisan del conocimiento de su autoría para ser asimilada en su sentido esencial, aunque reconocer en ella la intensidad baudelariana complementa y amplifique, desde luego, sus resonancias).

Hacia dónde quieren penetrar sus alusiones, de qué modo se engarzan en la cotidianidad de una pareja, o en la vivencia del receptor del texto, y cómo iluminan contenidos ideológicos, psicológicos, morales o estéticos es por tanto una pregunta imprescindible para esbozar el complejo mapa narrativo de la escritora. Y es en esta incisión existencial a través de la literatura donde reconocemos una tercera dimensión del viaje, dimensión que, en el fondo, es la raíz de las demás. Nos referimos a ese itinerario único que, en busca de la identidad personal, acometen todos los ingredientes de sus novelas y relatos.

Esta tercera dimensión del viaje tiene muchas expresiones en la obra de Bárbara Jacobs: es por el hallazgo de esa identidad que la escritora mexicana busca siempre el lenguaje idóneo, el tono preciso, para cada uno de sus textos y aun para cada personaje; es por esa misma búsqueda por la que las imágenes transitorias del viaje existencial, "los ritos de paso, la pérdida de la inocencia (y su recobro a partir del sueño), [...] son obsesiones muy marcadas en su obra";⁷ y es, desde luego, por ese afán por el que no nos extraña que *Vida con mi amigo* sea, finalmente, la metáfora integradora de este complejo programa literario.

⁷ Ricardo Pohlenz, "La novela juvenil como disfraz", *El Nacional* (México, jueves 20 de agosto de 1992).

II. EL MÁS DIFÍCIL DE LOS VIAJES: *VIDA CON MI AMIGO*

De modo que en lugar de despedirnos dispusimos equiparnos con unas botellas de vino tinto, una manta, y una serie de libros encabezados por el de Laurence Sterne, y tomar la carretera para emprender el viaje definitivo hacia el centro de nosotros mismos (94).

No es fácil sintetizar con brevedad las numerosas observaciones que despierta la lectura de *Vida con mi amigo*, y no sólo porque el texto sugiera distintas vías de interpretación, sino sobre todo porque en él están presentes las claves narrativas que identifican el discurso personal de Bárbara Jacobs. Es el suyo un universo de amplias correspondencias y relaciones donde cada obra conduce a las demás, donde cada texto dialoga con los restantes y donde cada elemento de su individual poética recibe nuevos matices en sus sucesivos ejercicios literarios. Por ello, es casi imposible no advertir en las páginas iniciales de esta novela algunos de los signos recurrentes de su narrativa, como lo son la búsqueda del "tono", la depuración selectiva de estilo y contenidos o el interesante maridaje entre narración y ensayo, cuestiones que se anuncian en el "Prefacio" mismo. No menos decisivas serán las anotaciones que, sobre el motivo del viaje, se enuncian a lo largo de sus páginas, y que sin duda aclaran buena parte de las estrategias de su obra.

La condensación temporal, espacial y temática de la novela, sin ir más lejos, es posible gracias a un continuo criterio selectivo, que ya hemos mencionado como eje de su obra literaria, pero también a través de un lenguaje que casi siempre se califica de fluido, capaz de sintetizar y, lo que es más importante, de sugerir, a través de una elaborada parquedad que incentiva desde el inicio nuestro "horizonte de expectativas". Ya desde el principio de la novela, la narradora ilumina las posibles dimensiones del relato, en un lacónico "mi amigo y yo tomamos la carretera y emprendimos nuestro propio viaje sentimental" (11), ruta cuyo semantismo ("carretera", "nuestro", "propio", "viaje") presagia de inmediato las direcciones de la novela. Poco después, las relaciones entre vida y literatura –tan presentes siempre en la obra y en la existencia de nuestra autora– confirman su simbiosis en dos afirmaciones explícitas que no sólo indican esta unión estrecha en su concepción del hecho literario, sino que son, en sí mismas, definiciones con las que podrían sintetizarse, a su vez, sus más originales propuestas creativas.

En la primera de las ocasiones, la conversación entre la narradora y su amigo es portadora de unas palabras trascendentales, donde se consideran las posibilidades enormes de un género sólo en apariencia "marginal",

donde está presente la idea del lenguaje literario como lenguaje artístico, como "refinamiento", y donde, finalmente, podemos entender el profundo "hibridismo" que atraviesa la obra de Bárbara Jacobs: "La oportunidad por excelencia que brinda un libro de viajes –me dice mi amigo– es la de divagar. Sin un sentido muy refinado del ensayo, un autor echaría a perder un libro de viajes" (11).

El libro de viajes (y/o el viaje) cumple en esta cita funciones significativas para el propio texto, pero también para la actitud narrativa de nuestra escritora en términos generales. Con relación a *Vida con mi amigo*, esta observación advierte desde su enunciado de una de las configuraciones más atractivas del libro, aquella que integra "narración" y "ensayo", la que convierte la anécdota literaria en reflexión, y viceversa, la que ha hecho posible la reunión de una ingente materia argumental y teórica en densas y brevísimas páginas. Despojado de imperiosas necesidades narratológicas, y susceptible a la divagación entre los géneros (en cuanto libro de viajes), el relato se abre a las profundidades del ensayo y se mueve con fluidez en sus regiones escabrosas. Al mismo tiempo, y como novela, *Vida con mi amigo* sortea la tendencia explicativa del género ensayístico y se apoya en su "sentido refinado", gracias al sistema de alusiones que ya hemos descrito y a la dinamicidad y movilidad de una estructura apoyada en el viaje. En realidad, ya en *Las hojas muertas* y en *Escrito en el tiempo*, Bárbara Jacobs había practicado los límites y posibilidades que en *Vida con mi amigo* se han dado la mano: los múltiples viajes de su primera novela (ágiles y escuetos, nerviosos, no digresivos) y las cartas reflexivas de su segundo libro, perpetúan sus mejores hallazgos y posibilidades en su última novela, situándola en un espacio intermedio (más "tonal" que genérico) entre el ensayo y la ficción: "A lo largo de los años en que fui escribiendo *Vida con mi amigo* me pregunté qué forma final habría de darle, si de relato, que abre tantas puertas, o de ensayos cortos, que suelen cerrarlas", explica en el "Prefacio". "*El tono es algo mucho más difícil de lo que tú crees*" (73), se añadirá más tarde.

La segunda afirmación sobre el viaje que tiene lugar en la conversación de la novela apunta a su vez en varias direcciones y hacia distintos niveles del discurso literario: "la tradición de los libros de viajes es larga –me dice mi amigo–. Hay muchos tipos de viaje, pero de todos ellos el más difícil de hacer, y de narrar, es el que te lleva hacia ti mismo."⁸

En un nivel narratológico, cabría analizar el viaje semántico, estilístico, estructural del texto, esto es, la organización de la novela y los recursos que en ella se actualizan para acometer la difícil tarea del narrador, la cierta-

⁸ Jacobs, *Vida con mi amigo*, p. 13. El énfasis es nuestro.

mente compleja labor de ficcionalizar una existencia (sobre todo si es personal). La propia Bárbara Jacobs ha explicado –más allá del “Prefacio” y de algunos puntos de la novela misma– algunas de sus intenciones y las estrategias y actos de selección sobre *Vida con mi amigo*. Como novela que gravita sobre el viaje o la búsqueda personal (en tanto individuos), común (en tanto pareja) y social (en tanto escritores), la redacción de la novela requería de un lenguaje capaz de sintetizar la abundante información en la que se sustenta y de ampliar al mismo tiempo las resonancias de sus anécdotas o de resumir la densidad de una “(auto)biografía” transformando en novela una sucesión de frases lúcidas, ingeniosas o aforísticas.⁹

En sus niveles argumentales e ideológicos, el eje de *Vida con mi amigo* no es otro que ese viaje, el más difícil, el que nos permite reconocer nuestra “huella almar”, expresión afortunada con la que Bárbara Jacobs se describe a sí misma en una brevísima pero intensa declaración personal que integra, de nuevo, vida y literatura: “la huella de mi alma, esa marca con una configuración única que me caracteriza sólo a mí y que, al imprimirse en cuanto soy y en cuanto hago, hace las veces de mi nombre así como de mi identidad”.¹⁰ Para lograr la videncia de su “huella almar”, Bárbara Jacobs recibió el que describe en sus propios términos como el mejor regalo de la vida: “la inclinación, transformada en oficio, a estar conmigo misma”, tendencia que, si bien en un principio “era sólo natural, un rasgo congénito y primitivo de mi organismo, con el tiempo, al descubrirlo y al reconocerlo, yo misma lo he ido conformando de manera consciente como el punto de partida de mi vida activa y el punto de llegada de mi vida pasiva: salgo de él y a él regreso”.¹¹ Las palabras destacadas evidencian la semántica estrechamente vinculada al motivo del viaje como metáfora existencial y también el útil más primario y efectivo del que dispone su escritura: oficio, disciplina, conciencia, introspección (“Quizá saber estar con uno mismo sea preludio y tic *sine qua non* de ser escritor. Uno aprende o va aprendiendo a observarse, a conocerse, a escucharse, a exigirse”).¹²

⁹ A este proceso se refería la autora cuando explicaba para *Diario 16* la gestación de *Vida con mi amigo*: “Lo empecé en 1985, haciendo una anotación diaria de alguna frase que dijera Augusto Monterroso, pero con el tiempo me di cuenta, primero, de lo que no quería hacer: una colección de aforismos o de sentencias. De modo que empecé a trabajar en la idea de elaborarlo como una sucesión de diálogos donde se mezclaran nuestras ideas y finalmente escribí la segunda parte, donde relato el principio de la historia”. Piña, “Entrevista a Bárbara Jacobs”, *Diario 16*.

¹⁰ Bárbara Jacobs, “Nota de prensa-entrevista”, *Hogar y vida* (México, junio de 1982), p. 37.

¹¹ *Ibid.* Los énfasis son nuestros.

¹² *Loc. cit.*

La búsqueda de la “huella almar” será el objeto de *Vida con mi amigo*, hasta el punto de que la distinta tonalidad de las dos partes en que se divide la novela pueda explicarse como el resultado de una búsqueda plural, múltiple en sus perspectivas. Así, tras ir develando a lo largo del viaje literario de la primera parte aquellos conceptos, ideas o estados emocionales del contexto cultural con los cuales se identifican y explican a sí mismos, los personajes emprenden, ya en la segunda, un fuerte nivel de interiorización, afirmado por el hecho de retomar, en este tramo, el viaje sentimental anunciado en las primeras líneas del texto. El viaje hacia el centro de sí mismos inicia también en la novela un cambio de ritmo, que aminora, por un lado, la abundancia alusiva y su tono dialéctico o intelectual para concentrarse en las dimensiones más íntimas de la pareja y para internalizar, tal como señalamos, las interrogaciones sobre la identidad individual.

Por este camino, ese cambio de ritmo, apreciable desde una primera lectura, no tiene lugar exactamente en la segunda parte de la novela, sino unas páginas antes, cuando se retoma explícitamente el viaje sentimental con preguntas que habrán de reiterarse hasta los instantes finales del relato: “Quién eres, cuál es tu leyenda, nos preguntamos cuando nos conocimos” (70), y que alcanzan en algún momento un carácter realmente incisivo: “Quién soy, en dónde estoy, qué está sucediendo, eran preguntas que se hacía, que me hacía, que se contestaba, que me pedía contestarme a mí misma” (98). La urgencia con que se enuncian estas interrogaciones existenciales se acompañan de otras tantas connotaciones donde la búsqueda de identidad es, sobre todo, un largo viaje, un continuo develamiento, actividad que precisa del mismo rigor y disciplina que la escritura, según hemos observado ya. Por ello, ambos personajes concluyen en la dificultad que entraña no sólo el encuentro del “sí mismo” y de su consecuencia más inmediata, sino en el esfuerzo que representa también la permanencia en el centro, y el que añade el empeño por conservar sus estados de privilegio emocional: así afirman que “la felicidad como un ejercicio, no es fácil” (99) y advierten que “vivir así no es fácil [...] porque hay que proponérselo y hay que ejercitarse en alcanzarlo” (104), no sin antes experimentar todas las rutas, a veces heterodoxas, de acceso a la “verdad”: “Dejamos al Grupo atrás. Seguimos buscando. Dimos con una gitana a quien se le hinchaba una vena en la frente cuando se concentraba en la palma de tu mano, o en el fondo de los asientos de tu taza de café, o en tu mirada, o en las cartas que te pedía barajar y echar, de esta o de otra manera específica” (97).

Que la narradora de *Vida con mi amigo* haya retomado el camino emocional de la pareja en su segunda parte, estableciendo así el proceso de circularidad con las primeras líneas del relato, e integrando con ello sus dos recorridos principales (literario/sentimental) es en el fondo un efecto

más del trayecto narrativo y vital que en esta obra nos propone y la confirmación de la estructura lógica de toda búsqueda personal: sólo después de haber ido desbrozando en "La Selva" sus confusas vegetaciones, observado los hábitos comunes de su fauna, y adquirido con ello la facultad de identificar el propio espacio, es posible escoger lo relevante, seleccionar aquello que constituye desde entonces la "huella almar", el centro del relato y sus personajes. Es por esta razón por la que la pareja nos descubre primero su viaje ideológico, para acercarnos después a su viaje emocional, dimensión donde se confirman y eligen los valores importantes: "entregas que nos aseguraban una y otra vez, en casa, de viaje, con rumbo o sin él, que efectivamente lo único importante era tenerse, es decir, ser felices, cubrirse con las sábanas, abrazarse, de aquí hasta el amanecer" (66).

Hasta aquí, y aunque breve y apretada esta guía de viajes por la escritura de Bárbara Jacobs, creemos haber expuesto, al menos, las rutas más relevantes de su obra literaria y de la particular geografía de su última novela. Es momento, pues, de trazar la urdimbre de los aspectos que han sido convocados en estas páginas, integrando sus contenidos parciales en una última y somera visión de conjunto. Para ello, bastará con recordar de entrada que la reiteración del viaje en la escritora mexicana permite advertirlo como una de las claves voluntarias de su universo literario y que a partir de este motivo podrían explicarse incluso sus más singulares aportaciones al panorama actual. Entre ellas, las originales soluciones narrativas que provee esta energía centrífuga, la actitud cosmopolita, universalista, de sus ficciones, el rico sincretismo ideológico y cultural al que invita su lectura, la variada instrumentalización del viaje y, sobre todo, su carácter integrador. Hasta tal punto es así que la fuerza centrífuga de sus personajes o reflexiones se vuelve hacia sí misma y participa en la configuración de la identidad íntima e inmediata al permitir un encuentro amplio, selectivo, depurado, con la "huella almar".

Recordemos también que no es el viaje la única recurrencia en la obra de Bárbara Jacobs, pero que siendo el suyo un mundo literario de correspondencias, diálogos y relaciones entre sus textos, este motivo clave le proporciona en su última novela el marco unificador de sus hallazgos anteriores y aun de la doble inspiración de su escritura (cosmopolitismo, intimidad). Síntesis, a nuestro juicio, de su trayectoria artística, *Vida con mi amigo* explora tanto las posibilidades metafóricas del viaje como sus virtudes sintácticas y narrativas (su rico hibridismo genérico) y aúna las dos búsquedas importantes de Bárbara Jacobs: la de un lenguaje singular y propio y la de una obra literaria capaz de conmover las apariencias con la certeza de que

"Uno mismo es un mundo: un mundo viajable, con todo y un continente hundido e inexplorado".¹³

UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

BIBLIOGRAFÍA

- CANTÚ, MARTHA. "Las hojas muertas que deseo leer. Entrevista con Bárbara Jacobs". *La Jornada*. México, 5 de diciembre de 1987.
- JACOBS, BÁRBARA. *Vida con mi amigo*. Madrid: Alfaguara, 1994.
- . "Nota de prensa-entrevista". *Hogar y vida*. México, junio de 1982.
- LLARENA, ALICIA. "El placer del reino. Una invitación a la obra de Bárbara Jacobs". *Disenso*. 1995.
- MARIMÓN, FLORA. "Entrevista a Bárbara Jacobs". *La Provincia*. Las Palmas de Gran Canaria, 9 de noviembre de 1994.
- PIÑA, BLAS. "Entrevista a Bárbara Jacobs". *Diario 16*. 19 de noviembre de 1994.
- POHLENZ, RICARDO. "La novela juvenil como disfraz". *El Nacional*. México, jueves 20 de agosto de 1992.
- ZENDEJAS, RAÚL. "Las Hojas Vivas de Bárbara Jacobs". *Excélsior*. México, 2 de enero de 1988.

¹³ *Loc. cit.*